

# El año de la rata

rata...

(Voz onomat., por el ruido que hace al roer o al arrastrar objetos a su agujero).

1. f. Mamífero roedor, de unos 36 cm desde el hocico a la extremidad de la cola, que tiene hasta 16, con cabeza pequeña, hocico puntiagudo, orejas tiasas, cuerpo grueso, patas cortas, cola delgada y pelaje gris oscuro. Es animal muy fecundo, destructor y voraz, se ceba con preferencia en las sustancias duras, y vive por lo común en los edificios y embarcaciones.

(...)

*Diccionario de la Lengua Española*  
Vigésima segunda edición

**S**oñé que no era un hombre: era una rata, un roedor de frontales afilados (pariente de la ardilla, del ratón y del jerbo), una rata pensante de cuatro patas, que se sabía rata pero quería ser hombre, porque tenía recuerdos, bien fijos en su mente, de haber sido un humano: allí estaba la imagen de una casa sencilla, carro frente a la puerta, la familia feliz, formada por la esposa, dos hijos y ¡un hámster en su jaula! Además: una cuenta en el banco nacional de los hombres y un álbum empastado, de bellas fotografías, donde no había lugar para una rata con sarna o bigotes gigantescos.

Porque a pesar de que en el sueño yo era una rata de tantas, en la vida que anhelaba era un hombre modelo, que despertaba admiración y envidias. En mi vida como rata (si es que *eso* podía llamarse vida) solamente me quedaban las memorias de una existencia anterior y muy distinta, tal vez imaginaria. Pero no: ahí estaban las imágenes, los destellos de ese tiempo de la higiene sin tacha, la ropa limpia y fragante, los pantalones planchados, el cepillo de dientes, el enjuague bucal, la sonrisa sin caries, el gafete enmicado, el olor de los pinos y los veraneos en la playa, cuando mi esposa y yo salíamos de la ducha, excitados, sonrientes. Era un hombre atrapado en el cuerpo de una rata, lo sabía.

## Hogar para aborrecer

Como una forma más de la plaga en lo profundo, me tocó ver que las otras ratas se comían entre sí gustosamente, sin escrúpulos, sin pudor alguno, guiadas sólo por la voracidad y el instinto; vi como se paraban encima de la mierda de las calles, entre las toneladas de gérmenes y litros de aguas negras, que bajo la ciudad corrían como un arroyo, ¡qué digo como arroyo, como río!, tal vez como el mar negro de grandes desperdicios, la contaminación sin freno, el colapso sin par de toda la ecología.

Con ellas aprendí que la inmundicia puede ser un hogar para aborrecer, una casa que nos resulta extraña, donde no está la luz encendida que nos indique el camino por las noches: mi guarida subterránea era mil veces más oscura que la peor de las prisiones de los hombres, porque yo era un hombre atrapado en el cuerpo de una rata, lo sabía.

### **Nunca el campo y los maizales amarillos**

¡Ah, cómo extrañaba el rastrillo de todas las mañanas, para rasurarme esa barba de rata! ¡Cómo odiaba mi pelo, tan duro y pestilente! ¡Cómo pesaba en mí el aliento de las otras, de cloaca y desperdicio! La comida decente era escasa pero en cambio abundaba lo podrido, lo impuro, la detestable pila de inmundicia y roedores tan repugnantes y fecundos, tan afectos a parir día y noche como hacen los conejos, esos primos cercanos.

Las ratas habitábamos un pozo de basura, nunca el campo y los maizales amarillos. Yo era una rata de la urbe, de la hedionda metrópoli, la orgullosa capital de la bajeza, donde no hay graneros impecables. “El ratón del campo y el ratón de la ciudad”. Ahí estaba en mi mente esa lectura, ahí estaban los estantes de los libros en la biblioteca familiar, aquellos que había leído de niño, como un lector precoz, un preguntón insaciable. (Dicen que las ratas atacan a los bebés)

Y más tarde, cuando empecé a volverme un estudioso, ¡un ratón de biblioteca!, otros libros vinieron. ¿Cómo iba a ser un sueño tanta letra, tanta cosa leída? Y sin embargo atrás habían quedado las tertulias, cuando como un pedante discutía con los otros, de temas literarios y yo estaba por encima de cualquier cloaca del vecindario, de cualquier nido de ratas. No más copas de vino, no más quesos tan finos, pastas o bien pescado sobre un plato de rey, manjares de clase media que compraba con mi esposa, cuando íbamos por las tiendas, abrazados y yo empujaba el carrito. El queso sólo estaba en las trampas ridículas que eran las tumbas de los ratones y en las tiendas enormes, los grandes almacenes que a veces invadíamos, como hilera de ratas. La Luna no era de queso: era un cráter enorme para encerrar todo nuestro temor, cuando por la cabeza nos pasaba la imagen de una culebra grande o una boa constrictora. El bote de la basura era el buffet de las ratas. La letrina nos dictaba los sueños del insomnio, que todas padecíamos. Porque cuando no se puede dormir sólo queda chillar como una rata.

### **Jamás la carne**

Jamás comíamos carne en buen estado, porque apenas teníamos el lodo de la lluvia como espejo y para beber los químicos más tóxicos del mundo, que brotaban como fuente de la tierra. ¡Cómo ardían en los lomos de las crías los restos de productos de limpieza, el ácido y el cloro! Y yo pensaba en mis hijos cuando las veía arder, en el niño y la niña con su ruido, sus bromas, su añorada necedad. Varias ratas murieron calcinadas por el río bermejo, púrpura, ocre y añil que cayó de un laboratorio, cuando el agua se hizo multicolor y le trajo la muerte a las más débiles.

La rata aprendía de sus errores, del pozo de agua envenenada y la cicatrización. Por eso con el tiempo la rata era una experta que contemplaba a sus padres y de ellos asimilaba la sabiduría, la maña. La cría de la rata no era una joven promesa: era una pesadilla realizada. Afuera de la cloaca los hombres se disputaban el mundo y amenazaban a sus enemigos con bombas, proyectiles, maldiciones y una prensa enardecida. De las ruinas del mundo hecho basura tal vez salgan las ratas en busca de un buen almuerzo.

### **Mala influencia**

Soñé que no era un hombre y lo sabía, los sueños son así: llenos de narrativa convincente, plagados de las bestias asquerosas, hechos de la desgracia de ser la rata del cuento aunque sin serlo, cuando soñarlo basta. Por eso un día de estos desperté y ya no era rata, sino el hombre de siempre, el lector de los libros, el marido perfecto, el padre cariñoso y de legítima autoridad, el mismo que comía a sus horas, sin moscas en el plato y sin ratas en el asiento del lado que dijeran: “Me puedes pasar la sal”. Y cuando abrí los ojos después de esa pesadilla, me sequé con un pañuelo el sudor de la frente y tomé un vaso de agua de la mesa de noche, donde dejo mis libros y una lámpara que llena de luz lo que yo leo: esas sublimes tonterías que llaman literatura, que inducen el terror de soñar con lo absurdo y creer que es verdadera la locura. Y es cosa del pasado.

Sin embargo no olvido que a veces en la calle me topo con las ratas: junto al bote de basura, en el callejón, el muelle o la banqueta solitaria por donde no pasa nadie, tan sólo esta persona que ahora soy. Y lo que son las cosas: cuando encuentro una rata es como si mirara a un amigo de aquellos que se guardan en la juventud: uno de aquellos vagos que los padres censuran pero que en el pasado fueron la risa, la mala influencia, el desafío, con ese andar en la mierda como si fuera manda, porque el padre y la madre se oponen al tatuaje, la comida chatarra, la velocidad, las drogas, la fornicación, el alcohol, el asco, la oscuridad, el crimen... es decir: a la vida.

**Manuel Llanes**

### **Crítica**

En el texto “El año de la rata” de Manuel Llanes nos enfrentamos al mundo escindido de un individuo que existe entre dos polaridades, antagónicas en principio, pero cercanas en su esencia. En estas pocas cuartillas, la dicotomía de la condición humana es patente; la parte que nos hace diferentes de los otros animales y la fuerza bestial que vive soterrada en nuestro ser se enfrentan en el escenario abierto de la conciencia que no distingue muy bien entre el sueño, la pesadilla o la vigilia. El cuento de Llanes constituye esta división a varios niveles, llámense sueño, conciencia, recuerdo, presente, luz, sombra, limpieza, suciedad, etc. Entre el sueño y la vela, por ejemplo, se establecen diferentes espacios en los que los rasgos específicos

de la vida humana y la animal se atrincheran. Pero, esta división no es determinante ni esquemática; a través del texto vemos cómo esos mundos irreconciliables no son tan diferentes y, a la postre, mostrarán su parentesco esencial. El hombre de esta historia baja a las profundidades medrosas del reino de las ratas donde experimenta el horror y el asco; sin embargo, cuando el sueño termina y regresa a su vida humana, él reconoce en las ratas del basurero rasgos presentes en otras personas, rasgos que son parte esencial de la vida.

Además de lo anterior, en el texto de Llanes podemos escuchar voces canónicas de la literatura universal. Desde un principio, y además de la evidente referencia a la fábula de “el ratón del campo y el de la ciudad” en “El año de la rata” se escuchan los ecos de la *Metamorfosis* de Kafka; por otro lado, y a mi entender aún más coincidente, se ve en el escrito de Llanes la presencia intertextual del cuento “Axolotl” de Julio Cortázar. Como en el cuento del argentino, el personaje pierde los límites entre su mundo y el imaginado y su naturaleza comparte esos dos universos. No obstante, en el cuento de Llanes la conciencia retorna a su estado inicial pero transformada. Es decir, en Cortázar la transformación del personaje es radical en el sentido que el intercambio de materia y espíritu es total; en “El año de la rata” el personaje retorna a su vida humana transformado; la conciencia del hombre impoluto se ve enriquecida con sesgos que llegan de lo instintivo, de lo remoto y proscrito. Este enriquecimiento de la conciencia es el triunfo ante una polarizada visión del mundo que tiende a la alienación.

**Carlos Velásquez Torres**

**Manuel Llanes**- Escritor mexicano. (Hermosillo, 1972). Es autor de la antología de relatos *Tiempo de tréboles* (Colegio de Bachilleres 1991). En 1993 aparecieron sus primeras críticas de cine en el periódico *Opinión*. Ha publicado en *El Imparcial* y en el suplemento *La Jornada Semanal* del diario capitalino *La Jornada*; también es colaborador de las revistas *Néctar*, *Altanoche* y otras publicaciones. Se licenció en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Sonora, por medio de la tesis *La puerta cerrada en Las hojas muertas de Bárbara Jacobs o el testimonio de segunda mano*, un texto acerca de la novela central de esta escritora mexicana. Becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes durante el periodo 2002-2003, en la categoría creadores con trayectoria.

Editor del semanario de política *Primera Plana*, donde se publican sus artículos, entrevistas, crónicas y reportajes acerca del devenir de las artes visuales, la música popular y la cultura de la región. Es autor de la columna de cine “Para verte mejor” y titular de la bitácora electrónica *perrolobo*. Integrante de un taller de composición literaria. Ha sido alumno de Jaime Chabaud y Élmer Mendoza. Se desempeñó como profesor de la Licenciatura en Periodismo de la Universidad Kino y participa semanalmente en Radio Sonora (la estación cultural del Gobierno del Estado) en *El templete*, un espacio dedicado a la cinematografía contemporánea. Coordinador de La Redacción, agrupación integrante del programa nacional de salas de lectura.